

TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

FIESTA

6 de agosto

Fiesta muy antigua, que ya se celebraba en Palestina en el siglo IV. Son muchos los Padres de la Iglesia que se refieren a ella. Fue el Papa Calixto III el que mandó en 1457 que se celebrara en la Iglesia universal.

En los Evangelios se nos relata la Transfiguración del Señor: La gloria de la divinidad resplandeció en el rostro de Cristo y la voz del Padre acreditó a Jesús como Hijo suyo ante los apóstoles, para que así se dispusieran a vivir con Cristo el dolor de la pasión y llegar con Él a la gloria de la resurrección.

La Transfiguración de Cristo está situada en los Evangelios en un momento decisivo: Jesús es reconocido por Pedro y los discípulos como Mesías de Dios; les revela que tiene que padecer mucho, ser ejecutado y resucitar al tercer día. Y les decía a todos: "si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga" (Lc 18-23). Unos días después, mientras Jesús oraba, sucedió la Transfiguración. Pedro, Santiago y Juan son los tres discípulos que siempre están presentes en los momentos trascendentales. Fueron también testigos de su agonía en el Huerto. La Transfiguración anticipa la experiencia de la resurrección gloriosa y sostiene a los discípulos en el camino de la cruz. Dice el prefacio de esta fiesta: "De esta forma, ante la proximidad de la pasión, fortaleció la fe de los apóstoles, para que sobrellevasen el escándalo de la cruz".

Cristo, transfigurado en el monte santo, mostró a sus discípulos el esplendor de su gloria y testimonió que la pasión es el camino hacia la resurrección (prefacio del Domingo II de Cuaresma). El camino de Jesús y el de todos los que creen en Él. La cruz fue para Cristo la suprema expresión de su amor y su entrega y la consecuencia de poner el amor, la verdad y la justicia, por encima de su propio provecho y ventaja. La Transfiguración anticipa el acontecimiento pascual que, por el camino de la cruz, llevará a Cristo a la plenitud de su gloria y de su dignidad filial.

El aspecto del rostro de Cristo cambió “y sus vestidos brillaban de blancos”. “Se volvieron blancos como la luz”. Esta misma luz resplandecerá en el rostro de Cristo el día de la Resurrección. “La gloria de la Divinidad resplandece en el rostro de Cristo”, decía el Papa Juan Pablo II explicando el “misterio de luz por excelencia, que es la Transfiguración”.

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Dice el Papa Francisco en su encíclica sobre la fe: “Quien cree ve; ve con una luz que ilumina todo el trayecto del camino, porque llega a nosotros desde Cristo resucitado, estrella de la mañana que no conoce ocaso”.

Todos estamos llamados a transfigurarnos a imagen de Cristo, vencedor del pecado, del mal y de la muerte. “El Evangelio de la Transfiguración del Señor pone delante de nuestros ojos la gloria de Cristo, que anticipa la resurrección y que anuncia la divinización del hombre” (Benedicto XVI). Son innumerables los Padres de la Iglesia, especialmente los orientales, que hablan de la “divinización del hombre”. El mismo San Agustín dice en uno de sus sermones: “Para divinizar a aquellos que son hombres, Él que era Dios se hizo hombre”. Y San Pedro en su segunda carta dice que somos “partícipes de la naturaleza divina” (1, 4).

Por la fe y el bautismo participamos ya de la vida de Dios, del ser filial de Cristo: Somos hijos de Dios en el Hijo eterno de Dios (oración colecta). Nuestra humilde condición humana es ya transformada, según el modelo de la condición gloriosa de Cristo. La liturgia da testimonio de esta verdad de fe: “al darnos en este sacramento el cuerpo glorioso de tu Hijo nos haces partícipes, ya en esta vida, de los bienes eternos de tu reino” (oración poscomunión, Domingo II de Cuaresma).

Pero la cruz es el camino hacia la resurrección, según la imagen de Cristo transfigurado-resucitado. “Quien no lleve su cruz detrás de mí no puede ser discípulo mío”. El seguimiento de Cristo exige una conversión permanente: morir al mal y al pecado. También una fe consecuente: una vida nueva.

Somos peregrinos de la fe como Abrahán. Éste es el verdadero Via Crucis, el camino de la Cruz: vivir en comunión existencial con Cristo y como Cristo. Escuchándolo siempre (Evangelio). Con amor confiado en Él, que esto es la fe. Con paciencia, sin cansarnos de hacer el bien. Cristo es camino, verdad y vida, causa y guía de nuestra salvación.

Hemos de coger la cruz y seguir a Cristo que va por delante también ahora. Es nuestro contemporáneo. Nos acompaña el Crucificado-Resucitado en persona. Cristo Jesús, el Hijo amado de Dios hecho hombre, que aceptó la condición humana hasta las últimas consecuencias. Hasta la muerte y una muerte de cruz. Un amor tan grande es más fuerte que el mal y que la muerte. "Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el nombre sobre todo nombre" (Flp 2, 9-10).

MARIANO ESTEBAN CARO